

## *La ciencia más difícil de todas*

MIGUEL ESCUDERO \*

**S**e nos dice que hay un millón y medio de matriculados en las universidades españolas, el doble de los que había en 1983, y que nos hemos convertido en menos de veinte años en el país europeo que tiene mayor número de estudiantes universitarios en relación con la población total. Esta noticia debería llenarnos no ya de satisfacción sino de entusiasmo, si indicase un progreso notorio en el rigor y la calidad de las ideas que se manejan a diario en nuestro alrededor. Eso supondría una eclosión de talento y afán creativo en diferentes órdenes, lo que lamentablemente no sucede. Pero con los números se puede uno hacer muchos enredos, sobre todo si colaboran con empeño los demagogos —"empresarios de la

alteración" los llamó Ortega—, que "hostigan a los hombres para que no reflexionen, procuran mantenerlos hacinados en muchedumbres para que no puedan reconstruir su persona donde únicamente se reconstruye, que es en la soledad", se lee en *El hombre y la gente*.

Para no caer en engaño, propio o ajeno, es recomendable estar en guardia contra un vicio que Leibniz —nacido hace ahora tres siglos y medio y catalogado de gran optimista— fustigaba con toda claridad: dar por válido aquello que no es evidente. John Alien Paulos, que trató las consecuencias del analfabetismo matemático en *El hombre anumérico*, acaba de publicar *Un matemático*

\* Profesor Titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Catalunya..

*lee el periódico*, libro donde declara con toda naturalidad que "las sociedades, *como se sabe*, no tienen inteligencia, pero en época de crisis —guerra, pánico bursátil, epidemias, disturbios— desarrollan una forma primitiva de cohesión, una semiconsciencia que se parece quizá a la de un retrasado mental sumido en un profundo estupor causado por drogas", de este modo "lo que la sociedad percibe es vago y general y abre un amplio espacio para el desarrollo del equivalente sociológico de los sueños y las alucinaciones". Claro está que, aspirando a una vida personal, no nos puede seducir este grado de vivencia.

Desde hace unos años y aunque *nadie* hable de ello, es bien perceptible un desmoralizamiento de gran calado, descomunal es la palabra, entre los profesores de instituto, muy en particular. No sólo ha aumentado de forma extraordinaria el número de horas perdidas por bajas laborales, sino que muchas de estas son debidas a estrés o depresiones. Digamos también, de pasada, que en los centros de enseñanza media la *moda* (es decir, lo que más abunda) entre los profesores de matemáticas, de los que tengo más noticias, es ser mujer (lo cual me parece estupendo; al menos la mitad de mi pequeña promoción de la facultad de Matemáticas de Barcelona eran chicas) y licenciada en Biología (lo cual no me parece tan bien para ellas porque aunque sepan más que suficiente no es *lo suyo*, pero en algo hay que trabajar...).

Quizá pudiera aplicarse la frase de Leonardo da Vinci: *Chi non può quel che vuol, quel che può voglia* ("El que no pueda lo que quiere, que quiera lo que puede"). Pero me temo que no es este el caso. Fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) pedía convertir las lecciones en una conversación familiar, práctica y continua entre maestro y discípulo.

¿Se preparan las condiciones que hagan esto posible y estimulante? ¿O, más bien, nos vemos acometidos por una deplorable escasez de horizontes y de ideales? Para Giner "de *héroes* no hay razas: todos podemos y debemos serlo. Todos lo somos, con sólo romper el yugo de la vulgaridad". Pero "¿qué es la vulgaridad? La dictadura del egoísmo, la servidumbre de la rutina y la indiferencia por las grandes cosas". Es preciso pues liberarse de la mística autoridad que ejercen sobre nosotros las ideas entendidas a medias, y aceptadas inercialmente, que pueblan nues-tras cabezas.

Ahí reside, a mi juicio, el principal papel y atractivo del profesor. ("Dadme el maestro y os abandono la organización, el local, los medios materiales, cuantos factores, en suma, contribuyen a auxiliar su función. Él se dará arte para suplir la insuficiencia o los vicios de cada uno de ellos", proclamaba Giner un siglo antes de la anunciada era digital). En una palabra, se trata de ayudar a pensar, algo que casi nadie quiere y que requiere un esfuerzo que despierta poco apetito. Albert Camus en *El mito de Sísifo* anota que pensar es aprender de nuevo a ver, *dirigir* la propia conciencia, hacer de cada imagen un lugar privilegiado. Sobre todo, pensar es "querer crear un mundo (o limitar el propio, lo que equivale a lo mismo)". Con ese tesón podemos evadimos y superar el mezquino entorno acechante.

No creo equivocarme, la experiencia me lo va demostrando, si digo que la ilusión puede contagiarse también en un aula. Tanto da que los niveles de conocimiento y entendimiento estén por los suelos, cuando esto ocurre (casi es lo habitual), lo primero que hay que hacer es aceptar la realidad y asumirla. A partir de ahí, sacar algún partido. Por de pronto, hace sesenta años, Juan de Mairena (el "alter ego" de Antonio Machado) recomendaba a sus discípulos que entrasen

en el mundo literario "curados de ese *snobismo* para el cual sólo es nuevo el traje que lleva todavía la etiqueta del sastre, y es sólo un elegante quien así lo usa. Porque si los profesores no servimos para prevenirnos contra una extravagancia de tan mal gusto, ¿qué provecho sacaréis de nosotros?". Lo mismo podría decirse en la antesala de otros mundos.

Cuando se alcanza ese gusto por rechazar la confusión de las apariencias, se está más libre y más preparado para desarrollar alegría. En el primer siglo de nuestra era, el misterioso arbitro Petronio escribió en *El Satiricón* que "los que tan sólo se ocupan de amontonar riquezas no quieren que a los ojos de los hombres haya nada superior a lo que ellos detentan. Eso los lleva a atacar por todos los medios posibles a los cultivadores de las letras, pretendiendo demostrar que también los literatos están a merced de su dinero". Así sucede actualmente con enorme frecuencia, y cabe reseñar que quienes pretenden ir por la vida con el salvoconducto de "progresistas" no son los últimos en cobrar alquiler.

Son muchos los jóvenes que se quejan de que no se les enseñe a pensar y a vivir. Ortega decía que "con los jóvenes es preciso entenderse siempre. Nunca tienen razón en lo que niegan, pero siempre en lo que afirman. Nuestra obra debe extender siempre un tentáculo hacia los corazones de mañana". De Ortega ha dicho el catedrático norteamericano Harold Raley que al leerle notó que "su lenguaje arrebatava, y había allí ideas con las que darse un festín durante años".

Para aprender de veras cualquier cosa que nos valga la pena hay que perder primero el miedo a no saber, el miedo a la realidad. Para Ortega "esto de saber, de verdad, que, de verdad, no se sabe es música con muchos

bemoles. Tal vez constituye el más difícil y delicado saber". Es más, "si se quiere, de verdad, hacer algo *en serio* lo primero que hay que hacer es callarse. El verdadero saber es mudez y taciturnidad". Mira por dónde, la mejor lección que puede transmitir la universidad es la plena libertad ante la vida: no necesitar salir del anonimato, saber no existir, "tal vez la ciencia más difícil de todas". Y sin embargo hacer sentir la "necesidad de ser, lo que no se es" y la responsabilidad que ello comporta. Toda universidad que potencie una "política" incompatible con esta lección es inferior a sí misma.